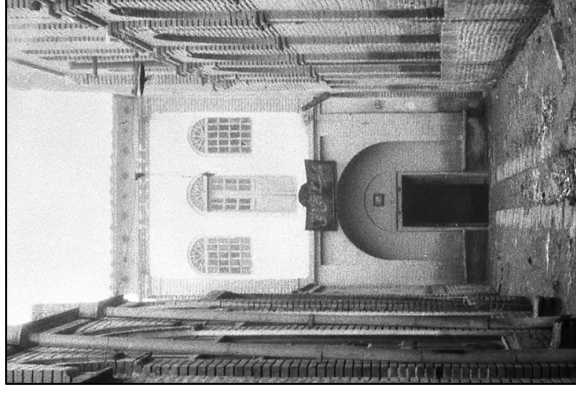




# *La Vida de Bahá'u'lláh*

Bahá'u'lláh nació el 12 de noviembre de 1817 en Teherán, la ciudad capital de Persia. Desde su niñez demostró cualidades extraordinarias, y Su comp-

ortamiento convenció a Sus padres que estaba destinado para grandes cosas. El padre de Bahá'u'lláh era un distinguido ministro de la corte del rey y tenía un amor inmenso por su Hijo. Una noche soñó que Bahá'u'lláh estaba nadando en un océano sin límites, Su cuerpo brillaba iluminando el vasto océano. Alrededor de Su cabeza Su largo cabello, de un negro azabache, flotaba en todas direcciones. Una multitud de peces se habían con-



gregado a Su alrededor, cada uno agarrado de un cabello. Aunque el número de peces era muy grande, ni un solo caballo se había separado de la cabeza de Bahá'u'lláh. Libre e irrestringido, se movía en el agua y todos lo seguían. El padre de Bahá'u'lláh le pidió a un hombre de reconocida sabiduría que interpretará el sueño. El sabio le dijo que el océano sin límites era el mundo del ser. Solo y sin ayuda Bahá'u'lláh ganaría ascendencia sobre él. La multitud de peces representaba el tumulto que levantaría entre los pueblos del mundo. El tendría la protección sin falla del Todopoderoso y nada lo dañaría.

Cuando Bahá'u'lláh tenía 14 años, ya era famoso en la corte del rey por Su sabiduría y conocimiento. Tenía 22 años cuando Su padre falleció y el gobierno le ofreció la misma posición distinguida. Pero Bahá'u'lláh no tenía ninguna intención de pasar su tiempo inmerso en cosas mundanas. Se alejó de la corte y sus ministros para seguir el camino que el Todopoderoso había definido para Él. Pasó Su tiempo cuidando a los

oprimidos, los enfermos y los pobres, y llegó a ser conocido como el campeón de la causa de la justicia.



A la edad de 27 años Bahá'u'lláh recibió, a través de un mensajero especial, algunos de los Escritos de El Báb, Quien estaba proclamando la cercanía del Día de Dios, el Día en que la nueva Manifestación de Dios traería al mundo la largamente esperada paz, unidad y justicia. Bahá'u'lláh aceptó inmediatamente el mensaje de El Báb y se convirtió en uno de Sus más entusiastas seguidores. Pero lamentablemente, quienes gobernaban al pueblo de Persia, ciegos por sus propios deseos egoístas, se levantaron a perseguir a los seguidores de El Báb con gran crueldad. Bahá'u'lláh, a pesar de ser conocido por su Nobleza, no escapó a esta suerte. Transcurridos un poco más de ocho años después de la declaración de El Báb, y dos años después que el mismo Báb fuere martirizado, Él fue encerrado en una celda oscura, conocida como la Mazmorra Negra. Las cadenas alrededor de Su cuello eran tan pesadas que no podía levantar Su cabeza. Aquí Bahá'u'lláh pasó cuatro terribles meses de grandes sufrimientos. Sin embargo fue en esta misma prisión que el espíritu de Dios llenó su alma y le reveló que Él era el Prometido de todas las épocas. De esta oscura

prisión, el Sol de Bahá'u'lláh se levantó para iluminar a la creación entera.

Después de cuatro meses en la Mazmorra Negra, Bahá'u'lláh fue privado de todas Sus posesiones y Él y Su familia fueron enviados al exilio. En medio de un crudo invierno, viajaron a través de las montañas occidentales de Persia hacia Bagdad, en ese entonces una ciudad del Imperio Otomano y hoy día la capital de Iraq. Las palabras no pueden describir sus sufrimientos mientras caminaban cientos de kilómetros por caminos cubiertos de nieve y de hielo, en ruta hacia esta ciudad precies tinada.



La fama de Bahá'u'lláh pronto se difundió en Bagdad y otras ciudades de la región, y más y más personas venían a la puerta de este Prisionero exiliado para recibir Sus bendiciones. Pero hubo también unos pocos que se pusieron celosos de Su fama. Entre ellos estaba el medio hermano de Bahá'u'lláh, Mirzá Yahyá, quien vivía bajo Su amoroso cuidado. Mirzá Yahyá se opuso a Bahá'u'lláh pensando que los Bábís, quienes en ese entonces le mostraban un gran respeto, lo aceptarían como su líder. No podía saber que, al oponerse a la Manifestación de



Bahá'u'lláh izó la bandera de la paz universal y de la hermandad y reveló la Palabra de Dios. Aunque Sus enemigos combinaron sus fuerzas en Su contra, Él salió victorioso como Dios le había prometido cuando estaba encadenado en la prisión de Teherán. Durante Su propia vida, Su Mensaje revivió los corazones de miles de personas y muchos dieron sus vidas en Su Sendero. Y hoy día, Sus Enseñanzas continúan difundándose a través del mundo. Nada puede impedirle de alcanzar Su meta final, que es la de unificar a toda la humanidad en una Causa universal, en una Fe común.

quienes imaginaron que podían detener lo que Dios mismo había puesto en movimiento.

Los sufrimientos de Bahá'u'lláh en 'Akká son demasiados para contarlos. Al comienzo, Él estaba encarcelado solo en una celda donde incluso a Sus propios hijos no les era permitido verle.



Carecía de toda comodidad y estaba rodeado de enemigos de día y de noche. Pero las condiciones de encierro gradualmente cambiaron. Los habitantes de 'Akká y su gobierno se convirtieron de la inocencia del pequeño grupo de Bahá'ís exiliados en su ciudad. Una vez más, la gente se sintió atraída por la sabiduría y el amor de este extraordinario Personaje, aunque la mayoría no entendía Su exaltada Estación. Después de algunos años, las puertas de la ciudad-prisión se abrieron a Bahá'u'lláh y a sus seguidores. Se le permitió por fin vivir en condiciones relativamente más cómodas, en lo que hoy conocemos como la Mansión de Bahjí. Allí falleció en mayo de 1892 en la cúspide de Su majestad y gloria.

Dios, estaba propiciando su propia caída. Porque cuando una Manifestación Divina aparece, sólo aquéllos que viven en seriedad a Él pueden esperar la verdadera grandeza. Incluso Sus parientes más cercanos no pueden olvidar que Él tiene una posición distinta a todos los seres humanos, una posición que nadie puede compartir.

Las intrigas de Mirzá Yahyá fueron causa de desunión entre los seguidores del Báb y causaron profunda tristeza a Bahá'u'lláh. Una noche, sin decirle a nadie, Bahá'u'lláh dejó Su casa y se fue a las montañas de Kurdistán donde vivió una vida de reclusión, en estado de oración y meditación.



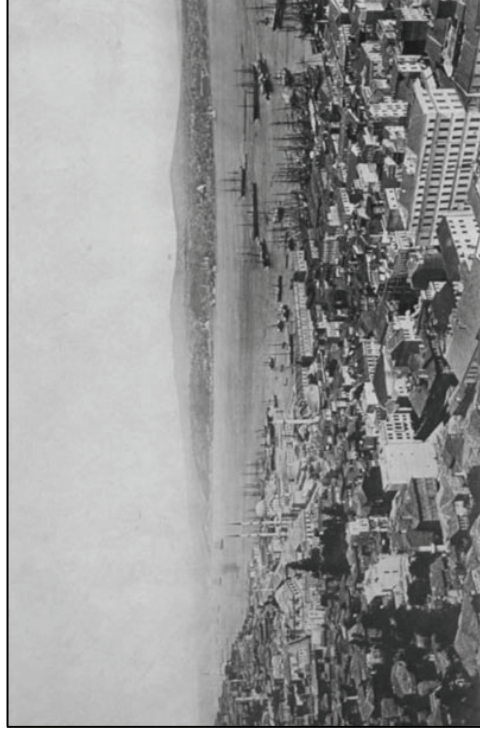
Se quedó en una pequeña cueva, subsistiendo de alimentos muy simples. Nadie sabía Su origen y nadie conocía Su nombre. Pero gradualmente los habitantes de la región empezaron a hablar de un gran Santo que tenía conocimiento conferido por Dios. Cuando la noticia de este Santo Personaje llegó al hijo mayor de Bahá'u'lláh, 'Abdu'l-Bahá, Él inmediatamente reconoció los signos de Su bienamado Padre. Le enviaron cartas con un mensajero especial, suplicándole que regresara a Bagdad. Él aceptó, terminando así un período de dolorosa separación que había durado dos años.

Durante la ausencia de Bahá'u'lláh, la suerte de la comunidad Bábí había declinado rápidamente. Bahá'u'lláh se dedicó a infundir un nuevo espíritu entre los perseguidos y confundidos seguidores de El Báb. Aunque todavía no había anunciado Su propia Estación tan elevada, el poder y la sabiduría de Sus palabras empezaron a ganarle la lealtad de un número creciente de Bábís y la admiración de personas de todo los estratos de la sociedad. Pero el fanático clero Musulmán y Su celoso hermano Mirzá Yahyá, no soportaron ver la tremenda influencia que Bahá'u'lláh tenía sobre tan enorme número de almas. Se quejaron repetidas veces ante las autoridades hasta que el Gobierno de Persia, en conspiración con algunos oficiales del Imperio Otomano, decidió alejar aún más a Bahá'u'lláh de su tierra nativa, esta vez a la ciudad de Constantinopla.



El mes de abril de 1863 fue un mes de inmensa tristeza para los habitantes de Bagdad. Aquél a Quien habían aprendido a amar, estaba abandonando su ciudad, dirigiéndose a un destino desconocido. Unos días antes de Su partida, Bahá'u'lláh acampó en un jardín a las afueras de la ciudad, levantó Su carpa y por doce días recibió el flujo de visitantes que venían a despedirse. Los seguidores de El Báb vinieron a este jardín descorazonados; algunos acompañarían a Bahá'u'lláh en la siguiente etapa de Su exilio, pero muchos tendrían que quedarse y ser privados de una asociación cercana con Él. Pero Dios no

quiso que esta fuese una ocasión triste. Las puertas de Su infinita bondad se abrieron de par en par, y Bahá'u'lláh proclamó a aquellos a su alrededor que Él era el Prometido anunciado por El Báb - Aquél a Quien Dios hará manifiesto. La tristeza dio paso a una alegría infinita; los corazones se regocijaron y las almas fueron encendidas con el fuego de Su amor. En los siglos por venir, como ahora, estos doce días, del 21 de abril hasta el 2 de mayo, serán celebrados por los Bahá'ís en todas partes como el Festival de Ridván, el aniversario de la declaración de Bahá'u'lláh de Su Misión que abraza al mundo.



Constantinopla era la sede del Imperio Otomano. De nuevo, la gran sabiduría y encanto de Bahá'u'lláh empezaron a atraer a un número creciente de personas. "No debe permanecer en Constantinopla más tiempo", murmuraba el fanático clero musulmán convenciendo a las autoridades de exilarlo al pueblo de Adrianópolis. En Adrianópolis, Bahá'u'lláh escribió Tablas a los reyes y gobernantes del mundo, llamándoles a abandonar los caminos de la opresión y a dedicarse al bienestar de sus pueblos. Entonces, Sus enemigos concibieron el más cruel de los castigos. Él y Su familia serían exiliados a 'Akká, en ese tiempo la peor colonia penal de todo el imperio. Seguramente que perecerá en las extremadamente severas condiciones de esa ciudad prisión, pensaban los ignorantes,